

# El Pueblo Elegido

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

El Pueblo Elegido (por Daniel Bernardo  
Grimberg)

## I

Me llamó Isaac Ha-Levi, y he creído reconocer al punto exacto del enojo divino con el que juzgaría la criminalidad de aquellos que tumbándonos con sus golpes, hicieron brotar sangres de nuestras narices, y nos expulsaron del país por el que habíamos sentido un amor perplejo. El Nombre haría eso con el objeto de que las interminables y repetitivas maldades con que dispusieron que nuestras vidas fueran imposibles, no fueran ganadas por la aleatoriedad del olvido.

En el momento en que las águilas volaron sobre Berlín, se perdieron junto con la progresión de los siglos, a los alfabetos y las esperanzas, y muchos vaticinios desoladores eran oídos por quienes sufríamos golpes bajos y amenazas. Nuestro mundo era arrasado desde sus fuentes, y hasta en las noches, en el aire se respiraba que lo que vendría se trataría de algo aún más temible; dormíamos y cuando nos levantábamos de la cama, no podíamos separarnos de lo real que eran las pesadillas.

Habían decidido que pertenecíamos a una raza de una inferioridad inexorable, y éramos seres rastreros cuyos destinos debían ser infundidos con incertidumbre. Y montaron campañas llenas de perversidad en las que insultaban y atacaban a poblaciones civiles indefensas, con la creencia que así fomentaban una feroz justicia que hasta entonces no había sido aparente, pero que se fortalecía si llevaban a cabo nuevas y briosas maldades. Nos dieron un brusco maltrato que retumbaba como el pito de una locomotora que hace temblar lo que le sale al paso. Nos gritaban lívidos de cólera que con sus palos deformarían a nuestros huesos, debido a que éramos escoria humana y la descripción imperial de lo sucio y negativo.

En nuestras comunidades sembraron un pasmoso terror que ellos veían como signo y condición de su propia vitalidad... vincularon a nuestros gemidos con sus victorias, y a nuestra marginación con sus entronizaciones. Su ríspida admonición fue que para ser fuertes tenían

que mortificar a los que embadurnaban las calles con sus pies, a los débiles, los pobres diablos que con sus presencias estropeaban a sus campos visuales, los mansos que se asustaban al verlos y no sabían cómo manejar una pistola, y se denunciaban a simple vista con sus vestimentas: los judíos que habrían tenido variaciones evolutivas diferentes a las de los arios. Por lo que no podíamos converger con los gentiles, conducirnos en público, o vertebrar una modesta vida proporcional a nuestras tradiciones.

Yo había intentado relacionarme, hablar con el Nombre estableciendo como carta credencial a mi condición de miembro del pueblo que había escogido durante una larga marcha por desérticas áreas, en la que integró a la imperfecta naturaleza de la humanidad con sus demandas elementales. Eso se produjo en un único y portentoso acontecimiento en el que cada individuo fue colocado dentro del asombro profundo con la finalidad de comprender al fracaso y condenación que recibían los que adoraban a ídolos, y perdían sus almas por encadenarse a la materia vil. Y su Revelación ha llegado hasta el día de hoy, de la mano de los descendientes de aquellos que la escucharon, quienes no se lanzaron a la deriva, sino que mantuvieron una estricta vigilancia al observar sus mandamientos.

Yo era un adolescente judío que contemplaba desde un reflexivo rincón (donde nuestras ceremoniales fiestas habían sido abundantes), a lo horroroso que nos apostillaban, porque ni siquiera nos permitían comprar panes en la panadería, o negociar en los términos necesarios de la realidad. Oíamos historias de gentes que habían sido arriada a prisiones con la longanimidad de que así recibirían felices lecciones acerca del sufrimiento, y entenderían que, al haberse anclado la historia en esa fase irracional, en Alemania no vendrían tiempos mejores para ellos, por lo que debía dispersarse por países de los que hacían referencias burlonas.

Yo, Isaac Ha-Levi, que estoy trabajando estas sentencias (que aun desconozco si progresaran lo suficiente para englobar a un importante testimonio), frente a esos aberrantes hechos me he levantado sobre mis hermanos con oleadas de indignación, revelándome como alguien que no era ingenuo y basaba sus conclusiones en las sabidurías ancestrales. Aun siendo un púber, la furia me llenaba la boca porque temía que el avance de la pasividad y la indiferencia se aviniera como lo normal dentro de mi familia y mi pueblo. Al mal se lo veía desnudo, y me arrojaba con gritos y plegarias a denunciarlo.

Frente a el Nombre me quejaba insatisfecho por lo fragmentadas que se habían vuelto nuestras circunstancias y denunciaba a la invariable rudeza de los alemanes, que ufanados expresaban que socavarían los pilares de nuestros edificios y nos remitirían a los zócalos. El mundo, que era la huella más honda de su Accionar, se había trucado, puesto que las normativas centrales que debían regir las conciencias de los hombres eran

sistemáticamente despreciadas. Con indecentes relativismos se procuraba destruir a su santa cosmovisión; y los días, desde los amaneceres hasta el anochecer, pasaron a ser obrajes de los depravados que destruían a los caminos, y pisoteaban nuestros santuarios con fuegos que hacían pasar por purificadoras lluvias.

A sus monstruosas conductas las veían como beneméritas virtudes, y a la codicia como un principio sólido que al final los enaltecería. Aseguraban que la historia servía a que abrevaran las bestias, y que a la paz sólo la querían los débiles. Pretendían hacerse dueños de aquello que modelaban en su depravada imaginación, con la convicción que la crueldad les proporcionaría una energía insondable y torrencial.

Habían adquirido la sanguinaria comprensión de quienes eran en el mundo; los alemanes habían aceptado en forma casi unánime a la ideología nazi, a la que le atribuyeron caracteres idealistas y románticos, y de buena gana profesaron que eran fisionómicamente distintos a los otros pueblos. Y se determinaron a probar a través de la violencia que sus linajes eran inmejorables. Se creyeron la raza superior y no estaban dispuestos a que otros pueblos (con los meros colores que ocupaban en los mapas) enjuiciaran a ese calificativo. Sostuvieron que la persecución de los que tomaban como indeseables, se correspondía con un moderno iluminismo, y la efectuaron con la seria actitud de quien supone que está adornando a sus actos con una laudable seriedad.

Me recuerdo planeando mi vista por la infame ciudad (Berlín), desde la terraza de la que fue nuestra casa, caminando con brillantados ojos y el aliento helado, y haberle preguntado al Nombre por qué pasaba eso. Le interrogué cuales eran las causas del insistente ahogamiento que nos venía venciendo sin que nos resistiéramos, como lo logra el sueño cuando se hace insostenible la memoria del que pretende mantenerse despabilado.

Había tenido la esperanza de que los vastos horizontes que alcanzaba a ver, fueran también los de mi comprensión, que el Nombre erradicaría los misterios, y que, de un momento a otro, el mal ya no nos azuzaría y simplemente se haría marginal. Quise capturar en unas pocas sentencias a sus observaciones exactas, deslumbrarme con su saber, mientras mis pies pisaban las losas blancas con el fin de situar mis percepciones en el punto más elevados. Sabía hacía donde iba el mundo y hacia quien debía dirigirse, y que en su Probidad no excluyó la provisión de lo perverso con la idea de generar en los humillados una mayor dignidad moral, y cumplir con sus promesas en forma fulminante cuando los relojes señalasen el agotamiento de las horas de su Paciencia.

Procuré al entendimiento como una evolución que me permitiría desvincularme del contexto brutal, y me posibilitaría ser rescatado antes de que se consumara una total ignominia. Estaba desesperado, pero

conservaba a mi orgullo del que juré que nadie rompería, y esperaba que la divina cólera resplandeciera en los luminosos fondos de los cielos con la finalidad de impedir que las tinieblas se tornaran impenetrables.

Esperaba enfocando los celestes centros de mis ojos hacia Jerusalén, calculando que el Nombre permitiría que el silencio y la oscuridad se engrandecieran hasta un punto en el que se demostraría ávidamente a su Poder, y se declarará vencedor en una nueva contienda en la que no sería un anónimo espectador sino un clamoroso participante.

Mi padre, el respetable comerciante y erudito Salomón Ha-Levi, había dicho que cuando el tronco estaba podrido había que cortar al árbol. Esa alegoría respondió a un hecho práctico: teníamos que irnos de Alemania, tomar distancia antes que los episodios de odio multiplicasen a nuestros jadeos. A los grotescos esquemas de los alemanes los sufríamos corrientemente, y respirábamos angustia aún en los cerrados ambientes de nuestra casa, pero lamentábamos tener que transportarnos a otro lugar, y dejar atrás al país junto a los milagros cotidianos de lo que había sido nuestra vida.

Con sapiencia, mi padre afirmó que el pasado era un contexto al que era inútil aferrarse. En ese instante sentí una intensa emoción, ya que por primera vez noté como el rostro de ese hombre de ojos apacibles, temblaba con dura determinación. Teníamos que partir manteniendo nuestra alianza con el Nombre, ya que quedarnos sería un suicidio.

Así, nos fuimos sin hacer acongojados monólogos, con la pretensión e alejarnos de las irracionales técnicas de tipo policial en la que a menudo nos atenazaban, de los conciertos de odios con profundos declives morales, y de sus ansias de cercarnos con barrotes de hierro, que urdían a cada rato. Sin sustentar ambiguas ambiciones, conseguimos liquidar lo que teníamos, y siguiendo lo que nos indicaban nuestros pujantes instintos de supervivencia, nos fuimos.

No esperamos a que cayera sobre nuestras cabezas aquel sangriento desenlace que desde el principio fue la promesa de ese régimen (los alemanes nos habían pedido que perdiéramos las esperanzas, porque pronto llegaría el día en el que terminarían de una buena vez de ser generosos).

Mi padre no se sintió ofendido, sino que esgrimió una reprobable compasión por quienes "habían caído víctimas de una corrosiva ideología". Él llegaba a grandes extremos con el fin de no culpar a los alemanes que seguramente: "no se enteraban de lo que realmente estaba sucediendo". Y tenía la certeza de que no nos aguardaría un fatal destino de emigrantes, ya que cuando las aguas se calmaran (fueran extirpados con sus apretujadas amenazas los personeros del odio), aparecerían ofuscadas sonrisas en aquellos que dirían que todo había sido una enorme

equivocación. Confiaba en que los desaguisados se resolverían de acuerdo a un ansiado final feliz. Según él, el nazismo nunca serviría como un auténtico registro de la historia alemana que se enmarcaba dentro de estratégicas grandezas, en las cuales los judíos habíamos hecho contribuciones importantes.

La tranquilidad circularía por los aires sin que se prolongaran los despropósitos, pero yo entendí que, para tomar valor, mi padre tenía que embaucarse un poco y rechazar que, en esa parte de la historia, Alemania había decretado nuestra derogación, y que el hombre es un ser terrible que crea espantosas catástrofes con piadosas borracheras y la mirada llena de animosidad. Sus argumentos no daban al mal la forma de un elefante extravagante que pisoteaba sin cesar a los helechos del bien. Engañarse de esa manera era una diligencia oportuna, ya que así reducía a cero a las prominentes contradicciones. Salomón se iba con su familia a América, pero en su mente ya estaba imaginando un apoteótico regreso... tan pronto fuera reparado el puente que una caprichosa tempestad había roto.

Nuestra existencia se basaba en los originarios escritos que nos separaron del resto de los pueblos para la gloria del Nombre, quien había manifestado que siempre sostendría una vívida relación con nosotros, y que tomaría plena venganza contra nuestros enemigos sin dejar nada librado al azar o conectado a la vacilación.

El Nombre aparecería en un soplo y no se quedaría mirando al mundo con sobria reticencia, desde lejos. Siempre nos sentimos protegidos por sus promesas, y reflexionábamos en todo lo que nos había dado en el pasado. Ignorábamos a las fantasiosas disertaciones que hacían los gentiles acerca de nuestras sabidurías, o a las hogueras que tantas veces encendieron con el oscuro designio de echarnos al fuego. En las lecturas, amplias y estrechas, que hacíamos de la Tora, hallábamos al irreductible amor del Nombre por su pueblo, y a su densa venganza contra los que disturbasen a la absorta adoración que en cada jornada le dispensábamos.

Había sido un testimonio elocuente como el Nombre cruzó a su pueblo por los cauces secos del mar Rojo, sin darle un beneficio equiparable al ejército de Faraón, que quiso atravesar las orillas de la tierra lleno de impúdicos deseos, engaños, y falsedad.

Por lo que inmediatamente tomé distancia de los mansos augurios de mi padre, y al padecer la opresión que los impíos volcaron sobre mi familia y el pueblo de Israel, decidí no estacionarme en meros pronunciamientos inefectivos, sino que sentado sobre el borde de mi cama o caminando con desabotonada prisa, planeé hacer conciliable y simétrica la venganza que de pronto decretaría el Nombre, por las asiduas iniquidades con que los

alemanes pretendieron doblegarnos.

Me comprometí a no aletargarme, y que, aun residiendo en los valles de muerte rodeado de enemigos, mantendría constantes vigilancias como lo hicieron los profetas. Con las pulsaciones que distribuían la sangre por mi cuerpo, establecería su Justicia en un punto culminante de la historia, que no se basaría en la acción de algún azaroso héroe, sino en su irrevocable Decisión. Por ese complejo empeño las almohadas sobre las que apoyaba mi cabeza al dormir, se humedecían con lágrimas.

Sin deslizarme dentro de análisis estrambóticos, juré destinar la totalidad de mis energías a deshacer (según las poco elásticas posibilidades que ofrece el tiempo) a los planes de aquellos que habían transformado nuestras vidas orientadas a la adoración del Nombre, en un infierno. Erguí a mi cuerpo, alto y afilado, frente al espejo, y me predispose a que el Nombre me dotara con una determinación que se emparejaría con sus represalias, y merced a la cual no me quedaría quieto ni encerrado en mi mundo.

Entonces ya no me pondría máscaras con el fin de que no se vieran mis temblores, y con una vivaz compulsión demostraría que en la profundidad de mi alma no subsistía miedo alguno.

De manera irreprimible estudiaría la Tora con el objeto de aferrarme a los sobresalientes y admirables vértices de su Voluntad que aún no eran perceptibles. Hora tras hora me sumiría en una rotunda contemplación a la gloria del Nombre como ascendiendo por los escalones más altos. No me pondría ropas sacerdotales, sólo releería los textos sagrados, sintiendo al peso de mi cuerpo en la modesta disponibilidad a servirle. Lo haría, aunque estuviera sentado en la intemperie, o mientras la lluvia diera una serie de golpes sobre el techo que se irían haciendo estruendosos.

No blandiría al reparador objetivo de la venganza como originario de mi enojada subjetividad, sino a partir de los estudios consagradorios de mi fe, porque sabía que en la Tora estaban las soluciones a las tormentas de la vida, y que, estudiándola, induciría a las torcidas madrugadas a que creyeran que las noches no habían terminado.

Mi intención era retribuir a los alemanes que nos habían acechado con odios gratuitos y derroches de malas pasiones (que iban mucho más allá de las acostumbradas alegaciones antisemitas de aquellos gentiles obsesionados por los graves privilegios que el Nombre nos había dado a causa de ser su pueblo). Efectuaría esa tarea de acuerdo a los incalculables ángulos de observación que obtuvieron los que por unos instantes habían conversado con Él, ya que sentía a su Manifestación incluso a través del accionar de los vientos que al no tomar una específica dirección revolvían mi cabellera. El Nombre me acompañaría tanto si estuviera sano o vomitase por alguna intoxicación, fuera indeleble mi

alegría o mis risas tomaran cauces extraños, durmiera con un pesado sopor o me embarcara en sueños despavoridos. Sentía a su Presencia tanto si caminaba hacia lo gélido del Norte o al caluroso Sur, dentro de un barco que se dirigiera a altamar o en las embusteras construcciones que se hilan con los sueños.

Estudiando me separaría de los ignorantes, y prepararía una empresa cuya tremenda potencia suprimiría a lo maligno (al seguir la voluntad del Nombre, justificaría al impresionante caudal de energía que estaba dispuesto a gastar).

El espíritu subterráneo del nazismo era transformar al alemán en una bestia, y se suponía que los judíos éramos los corderos habituales que dábamos sustento a esa maléfica doctrina. Esta era expedida con grandes bríos con el objeto de darle a los alemanes una embriaguez indescifrable con la que someterían y dominarían a otros pueblos. Según sus creencias, ellos eran los únicos que merecían componer a la historia, y los demás pueblos eran basura a la que se habían comprometido limpiar. Esa descaminada noción no sólo era irracional, sino que además había sido imbuida en las mentes de millones de personas con la propensión a un larguísimo aliento. ¡Qué notable osadía y júbilo: los alemanes definían al valor de sus vidas sobre la base del desdén que sentían hacia los otros! Reconocidos unánimemente por ellos mismos, como la "raza superior", se adjudicaron la "responsabilidad" a través de un organizado desenfreno, de deshacerse de la "gentuza" que los estaría contaminando.

Y les germinó la idea que las más viciadas eran las que conformaban los judíos, que se diferenciaban del resto de los pueblos por estudiar la Tora. Nos adjetivaron como aquellos que, al reunir tan execrable defecto, deberían ser excluidos del género humano. Ese era el destacado elemento fundador de sus teorías raciales: el pueblo de Israel estaba compuesto con criminales debido a su indestructible hábito de dar testimonio del Nombre.

Los judíos poseíamos una visión radical de la divinidad que no coincidía con la ideología con que ellos se arrastraban por el fango, por lo que, en vez de recapacitar y retornar a la buena senda, nos asignaron sus peores sordideces. Se escandalizaban por el éxtasis que poníamos en cada una de nuestras actividades diarias cuyo fin era vincularnos con el Nombre, y temían a la unión mítica que formábamos cuando con la llaneza de nuestros compungidos números rezábamos a los Cielos.

Los alemanes no se dispusieron a cordiales o álgidas disputas, sino a la impura exaltación estética de la barbarie; querían que muriéramos, o que sobreviviéramos fuera de su país, de los límites de su imperio maligno que coincidían con el ocaso del mundo espiritual. Se compelieron a concertar enormes tragedias, y si bien sus juicios eran incongruentes y huecos, no dejaron de ser razonamientos hechos por quienes se consideraban

dedicados padres de familia, gente caballerosa y a veces solemne, cuyas incansables intuiciones habían dado lugar a invenciones importantes y desarrollos tecnológicos.

Postulaban haber ingresado en una Nueva Era en la que se debía incurrir en violentas pasiones de sangre, con el propósito de que nada condicionara a sus próximos predomios; transitarían una etapa cruel y sangrienta como un eficaz conducto a la renovada sencillez.

Desde la hora en que el Nombre nos impulsó a irnos de Alemania, guiando nuestros pasos y pensamientos, yo Isaac Ha-Levi, he pronunciado de manera irreversible mi ardiente deseo de hacer pagar un alto costo a los alemanes, que albergaron esperanzas de arruinarlos de mil maneras. Asumí esa postura frente a los que me escucharon amigablemente y opusieron tristes alarmas.

Borraría a sus atroces injerencias (o las desplazaría) con sólo asomarme a la irreductible dimensión de lo sagrado; el Nombre había aprobado la extralimitación de mis celos.

No haré digresiones, las humillaciones sufridas me empujaron a sustanciar en mi ímpetu al rencor, a sabiendas que sería pesada mi suerte, y que los recuerdos de ese compromiso no me dejarían dormir hasta que cumplierse con los abismales planes del Nombre. Los concretaría dentro de esas mismas circunstancias históricas, gracias al recto entendimiento de la Tora y sus secuencias inmediatas: las inapreciables técnicas científicas junto con el escaso sueño y la permanente vigilia (dentro de un marco que algunos relacionaron con el delirio, y yo con la abnegación). Ese proceso equivaldría al privilegio de ser el receptáculo de impresionantes saberes divinos.

Aunque, por entonces, esas inquebrantables ansias mías eran una evocación ardua y profunda a la que juré jamás renunciar. Jamás emitiría sollozos que fueran la declaración cabal que mis ánimos de venganza habían decaído. Establecería la vinculación necesaria entre la Tora y los hechos, a partir de los oleajes apenas visibles que ondularían mis dedos al recorrer el manso papel.

Como judío, me dignificaría al ejecutar lo decretado por el Nombre, quien siempre fue el Señor de los Ejércitos, y no alguien que alguna vez fue avizorado por un solitario. Él liberaría mi alma de los opresivos contextos que antecedían a nuestra huida, y frente al naufragio de mi antiguo mundo, me respaldó para que no temiera respirar a las brisas marinas de libertad. Yo mantenía una destacada actitud devocional, y recité al "Oye Israel" con la mente, cuando fijé mis ojos en los muelles que parcelaban al mar, que, como aquel famoso que se remontaba al glorioso pasado, se rompería en dos para que pudiéramos caminar sin ni siquiera mojarnos los

pies.

Me dije que debido a su Furor caerán abajo sus barrocas catedrales, las vastas ramificaciones de sus autopistas, y los altos muros de cemento que jerarquizaban a sus metrópolis. Porque los insidiosos alemanes habían hecho recortes en nuestras alegrías, nos agredieron en nuestras sinagogas, y nos obligaron a exiliarnos. \*

\*[Aún en la oficina de Migraciones nos sometieron a crueles agravios pese a que queríamos irnos a toda costa]

Yo, un adolescente sincero que siempre fue apasionado e inconformista, me convertiría en alguien sutil y penetrante de acuerdo a mi intención de ejecutar los Designios De Nombre. Entendía como sería mi misión mientras los niños se aferraban a las manos de sus familiares mayores, y hacían la obscena pirueta de mirar hacia atrás cuando subían al barco desde el apiñado muelle.

Y eso fue lo que le dije a mi madre Raquel, cuando la nave que ya se deslizaba por los mares nos dio la libertad de levantar nuestras voces que antes habían sido recortadas por el temor (percibí a las aguas como los espejos continuos de un recién adquirido aplomo). Quise aparecer orgulloso, ya que por mi edad no se me daba importancia, pero no hablé encandilado, sino con un tono de monótona seguridad.

Clamé que uno sólo sería libre si su vida recogía las mismas condiciones que permitían el navegar, o sea, la existencia de un curso real sobre el que discurrir las sucesiones de sueños y experiencias; presté atención a como las despejadas aguas marcaban una ruta cuya exitosa propiedad era conectar a los diferentes hemisferios del mundo. También le dije que la venganza sólo podría ser consumada por quien tenía dominio sobre su tiempo, y no por aquel que zozobraba después de ser arrojado a los barrancos. El castigo que propulsará el Nombre sobre la nación impía no era una fugaz especulación de mi mente.

Ella me miró contrariada y como no creyó que lo que decía eran tonteras, me respondió bendiciendo al Nombre, y afirmando que me acompañaba en mis preocupaciones (bajó el rostro al no encontrar una palabra que buscaba), pero a mi propuesta la encontraba indefendible; nadie nunca fue capacitado a redimir la historia de la humanidad ni a sus desdichas.

Entendía claramente la cólera que brotaba de mis confidencias, pero, para ella, estas eran envalentonados frenesís que tenían bastante de juego.

Raquel jadeó, sacudió un poco su cabeza, y me dijo que lo esencial era mantenernos unidos, agregar pequeñas satisfacciones a nuestros días, y no autorizar a nuestras mentes a volver a los lúgubres laberintos que habíamos tenido que atravesar en Alemania. En verdad, no podíamos

descifrar el porqué de tantos vilipendios, y tal vez ni siquiera nos estaría permitido estar al corriente, pero la vida rearmaría sus armonías si nos cerrábamos a las requisitorias del odio. Sólo cabía jactarnos por haber sacrificado nuestras posesiones y conseguido huir.

Ese barco que nos acercaba a la ciudad de Nueva York, tenía como función el alejarnos de los ámbitos traicioneros y agresivos que habíamos soportado en Berlín. Y no hacía sólo un trayecto geográfico, sino también nos instaba a una meta. ¿Por qué yo querría recrear los panoramas nefandos que dejábamos a nuestras espaldas, en tierras americanas en las que teníamos parientes que nos recibirían con los brazos abiertos? ¿Por qué no olvidaba a las negruras con que nos quisieron cegar con la mira de dedicarme a actividades reconfortantes? El odio era la pésima conjetura que se hacía del futuro, y el terminante objetivo de vivir era celebrar los tiempos presentes y venideros.

No tenía que asentarme en lo turbio del pasado, por el contrario, debía desprenderme de las viejas alineaciones, y sustentarme en la gozosa apacibilidad que nos daría el Nombre, sin resentir a su aparente tardanza (Él sabía bien lo que ocurría más allá de nuestros denodados esfuerzos por comunicárselo).

Mi madre no sintió que tropezaba cuando miró al horizonte oceánico, en donde no había áreas estragadas ni nubes que se desperdigaban en usurpados planos. A su alrededor se extendía una poderosa urdiembre azul que al pasar por debajo de la embarcación y por encima de su cabeza, le brindaba una inusitada paz. Luego de suspirar, dijo que pronto se me pasaría la alteración nerviosa, y me enfocaría en adorar al Nombre, trabajar, y leer los tratados de física que tanto me gustaban, y que contenían "poesías hechas con números que ella no entendía, pero que aceptaba a causa de mis gustos". Raquel me había hecho una maleta completa con esos libros, porque había comprendido que serían un auxilio para mí en esas horas en que la espera impelería cierta irritación.

Aunque mi regodeo por esa ciencia era secundario frente a las calamidades que nos circundaron, y si bien esos libros estaban escritos sobre un papel de la mejor calidad... pero en la lengua germánica que me reinstalaba en las avenidas y los viles recovecos de esa nación dada a la disolución, para mí, tener a esas brillantes fórmulas matemáticas al alcance de mi mano, era tan maravilloso como salir a ver como las estrellas desplegaban sus magnificencias por arriba de nuestros desvelos nocturnos.

Me apasionaba desentrañar los misterios que el Nombre ocultó con gran maestría en los números que confirmaban a cada una de sus creaciones.

Raquel me instruyó que únicamente me perfeccionaría, si no alejaba mi mente de lo racional (de aquello atinado que tenía causas y efectos), y

separaba a lo contingente del caos. Si aceptaba los códigos preestablecidos con un lenguaje científico (que ella ignoraba, y que el sólo procurar comprender le resultaba aterrador), evitaría pensar en lo que fue nuestra situación en Alemania, es decir, los nuevos tiempos irían borrando a las testarudas cerrazones inculcadas por la memoria.

Mi madre me sonrió con un controlado entusiasmo; confiaba que cuando bajara a mi camarote y con afán estudiara a esos textos, descartaría a mi indignación junto con docenas de pensamientos tan desesperantes como inútiles. De inmediato pronunció el título de un libro que contenía una variante numérica que me interesaba muy especialmente, y reiteró que el recorrer la intrincada trama de esa obra me ayudaría a desligarme del maldito pasado.

Además, me señaló que lo sobrenatural era la sorprendente posibilidad de tener acceso a lo real. El Nombre quería que los hijos de Israel se metiesen de lleno en la excelencia de lo que había creado, y que se excluyeran de cualquier manipulación que el odio ejecutaba sobre las almas. Había que sentarse en la cubierta y observar los mares tranquilos para apartarse de las terribles tempestades que sacudían a la mente; debía ser paciente, y no permitir que la noche se extendiera más allá de sus prestablecidos horarios, ni prestar indebidas atenciones a como se entretejían las sombras. Y para aplacarme definitivamente, utilizó aquella perfecta unidad que de tanto en tanto aplicaba sobre su rostro: su serena sonrisa.

Cómo yo sabía que con meras palabras no se instauraría un escenario diferente, asentí en silencio, pero no dimití de mis juicios ni adopté un idealismo basado en la inercia. Concebía que estaba en mi colmarme de escrúpulos con el objeto de que fueran lanzados los merecidos castigos divinos sobre Alemania, pero en ese momento interrumpí explayarme en los considerandos de ese importante asunto, y me representé lo que haría en las costas del ansiado continente americano donde las tenebrosas leyes nazis no tenían efecto, y la libertad de cada hombre se daba por sentada.

Ahí no nos arrodillaríamos de acuerdo a lo que nos gritaran los brutos criminales, ni nos adecuaríamos a las pestilentes furias con que nos daban lecciones morales incalculablemente ridículas (a la par que nos endilgaban culpas que únicamente existían en los lúgubres márgenes de sus almas).

América ya no era una idea ni una metáfora afortunada, sino un realizable camino y el destino del viaje que hacíamos como perseguidos de un régimen sangriento. Los alemanes no nos habían derrumbado, ya que, si bien efectivamente nos empujaron, conseguimos caer parados sobre nuestros pies. Fue entonces que grité a los mares: "¡Bendito seas Dios

por habernos sacado de la tierra de Alemania!

## II

Había estudiado los grandes escritos talmúdicos aún en sus puntos más críticos o excepcionales. Leía cada línea sin desviar mi mirada ni un milímetro de las elegantes letras del alfabeto hebreo, y así comprendí la estrategia de noble provocación que el Nombre atizaba sobre su pueblo con la finalidad de despertar su perspicacia e inteligencia, mientras era adorado con un elevado susurro a las mañanas, y el pecho lleno de fuertes palpitations durante la llegada del anochecer. Él había querido que su pueblo y la abominación coexistieran, y aunque nos horrorizábamos por esa oscura simetría, esta contenía una plenitud de respuestas ya que a través de la disimilitud se unían venturosas posibilidades. Y nos sentíamos poseídos por sus grandes bendiciones que impedirían que nos convirtiéramos en víctimas o nos curarían de inmediato. Guardábamos una actitud prudente ante las existentes condiciones, debido a que nunca hubo volubles acontecimientos que no hubieran sido reglados por su Potestad.

Con esto en claro, me autoricé a hacer severísimas aproximaciones hermenéuticas a sus misterios. Me dispuse a través de la lectura de sagrados parajes de la Tora, a entender el origen de la vida y la humanidad, los planteos históricos del Nombre, y las promesas de prosperidad que nos entregó antes de dispersarnos por diversas regiones.

El hijo de Israel leía lo que hizo el Nombre, se contagiaba de su estado de ánimo, obtenía la iluminación, y no le temía a nada, porque sus mensajes habían sido escritos en la Tora. Cuando uno se afianzaba en el cumplimiento de sus Mandamientos, mientras que entendía que era una herramienta de sus Decisiones, y nunca sería arrastrado por corrientes siniestras.

¡Esto se debía a que se era un hombre de fe, y no un animal que hablaba un inimputable idioma y sólo se interesaba en saciar sus apetitos!

Yo había definido al judaísmo como la disciplina que a través del tiempo enlaza al hombre en el singular flujo de su conciencia, con el Nombre; y al judío como el pueblo que testimoniaba a las naciones acerca de su Existencia y sus Obras.

En Nueva York recibimos la solidaridad de nuestra comunidad que nos suministró los medios para continuar inmediatamente con los sagrados ritos y estudios. Al descender a Ellis Island, nuestros parientes nos rodearon con sus brazos con la sugerencia de que nada se producía por casualidad, y que estábamos juntos otra vez con el objeto de retomar

nuestras tradiciones que nunca eran celebradas en forma solitaria, sino en ocasiones en las que se combinaban las sabidurías de los ancianos con las convicciones de los hombres maduros, y los impulsos espontáneos de los jóvenes.

Nuestra condición espiritual tenía como eje que nuestros lazos jamás se romperían mientras cumpliéramos con el privilegiado papel de estar vivos. Nuestros allegados nos miraron a los ojos riéndose por lo mal que nos veíamos, y con esa misma fuerza acusatoria nos abrazaron en forma harto fatigosa mientras nos pinchaban las mejillas con las desperejadas puntas de sus barbas. Ya no teníamos que indagar más las desventuradas causas por las que estábamos ahí, ni abundar en miedos, ni sentir ahogos por las iniquidades absorbidas por nuestros pulmones, o consternarnos al escuchar pasos maníacos en pasillos que se encendían en el medio de la oscuridad; ya no persistía la atribulada sensación de que no había piedad ni auxilio.

Sus imágenes bailando en el puerto trastocaron las opresivas ideas que se habían consolidado en nuestras mentes cuando la impasibilidad nos hubiera hecho marchar en dirección al colapso. Los argumentos de esas danzas iban en contra de las patéticas escenas anteriores, y representaban la entrada sin atemorizantes prólogos a un mundo sano. Habíamos vuelto a ser judíos libres cuya seña de identidad consistía en estudiar obsesivamente a los cifrados mensajes del Nombre, quien como Rey del universo nos exigía ser puntuales y precisos en la oración. ¡Bendito el Nombre que nos probaba, y nos hacía objeto de su examen, porque sólo sometándose a su Majestad uno participaba de su Perfección!

El pueblo judío, con especial sensibilidad, obedecía a cada hora a sus Mandatos sin permitir que estos fueran permeados por la vulgaridad o el olvido; su principal preocupación consistía en transportar su invariable Mensaje a través de las generaciones y frente a lo transitorio y efímero.

Por mi parte, había comprobado de acuerdo a la maravillosa complejidad de los sagrados textos, que el Nombre permitió que el monstruo (Adolf Hitler) consolidara una venenosa posición en el mundo, y desarrollase la maldad a un ritmo que no había sido visto anteriormente. Es decir, que obtuviera su hora de dominio y control con la imprescindible salvedad de que sería barrido durante la renovación de los Tiempos. Él exacerbaba el caos que era menester comprimir en el momento en que la dinámica transformadora de la historia se restableciese.

En tierras americanas concentré mi mirada en la tensión causada por ese malvado (en su problematizado auge militar), advirtiendo que los hechos se cumplirían fiel a sus Propósitos que exigían un álgido punto de inflexión que demarcara a los méritos entre los hombres. El Nombre se situaba por encima de nuestras pobres divagaciones, y mantenía su Cetro dentro del

plano temporal sin que le atañeran los entusiasmos asumidos por los impertinentes o los impiadosos (jamás se hubiera recluido en esferas celestiales para dejar el control del mundo en manos de malvados).

Y el pueblo alemán, ¡ay del pueblo alemán que oponiéndose al Nombre y dotado de una mentalidad ruin y autoritaria, se hinchó con falsedades e idolatrías! Pronto recibiría su condena con resonancias absolutas; el resquebrajamiento intrínseco de Alemania sería conforme a su adhesión a lo maligno, puesto que sus hombres y mujeres se hicieron burdos agentes de la abominación (ese pueblo se había empeinado en ir por la dirección opuesta a la que le correspondía transitar a la humanidad).

En una populosa área del sur de Brooklyn, me abrí camino hacia los esplendidos templos americanos con la intención de practicar inolvidables liturgias, un poco ajeno al desastre y la desgracia que se había convertido Alemania para los judíos. Pero por eso mismo, los ritmos anímicos de mi vida nunca consiguieron regularizarse. No tardó en surgirme la urgencia de no deslindarme de esos acontecimientos, ni arraigarme en las caudalosas banalidades con que consumían sus horas mis hermanos (estos optaron por recorrer al simplón terreno del olvido con el designio de no experimentar más agitaciones, fiebres, y pesadillas). Entonces dilucidaba de manera progresiva cuales eran las depravadas intenciones del país de Europa central.

Emprendí ese camino de indagación con la conciencia que el Nombre me había escogido junto con mi familia para escapar de un hado miserable, y lo había hecho por algo que nadie reconocía en sus gruesas pinceladas y ni siquiera deducía su verosimilitud. En su Plan estaba ínsito el hacer un pacto con uno de su pueblo. Porque me insufló una notable evolución en mis estudios de física nuclear, que me había sido impedida en Alemania en donde fui considerado un parásito.

Para los alemanes, en aquella etapa en que a sus realzas las lucían como evidentes, los judíos no debíamos tener la posibilidad de acceder a estudios universitarios, ya que, si no nos podían destruir abiertamente, al menos pretendían quebrar nuestras chances de desarrollo y sustentación.

En los Estados Unidos ese proyecto académico se constituyó en el núcleo central de mi vida. En esa hora en el que el mundo se entenebrecía, me aboqué a develar enigmas extraordinarios. Durante aquellos días había intuido en grandes líneas como dominar al átomo, y me apliqué con rigurosidad a pulir mis premoniciones intelectuales.

Por un lapso no hice viscerales referencias a Alemania, sino que investigué cuales técnicas insertar en los nuevos esquemas científicos sin interponer confusos rótulos. Me conmovía frente el advenimiento de un nuevo orden fundamentado en la intensidad que escondían porciones minúsculas de

materia.

Había sido admitido en la Universidad de Harvard con sólo contestar cien preguntas, que por su facilidad no sólo me parecieron una especie de estafa de a la inteligencia, sino que sonaban torpes y anacrónicas. Tuve que anudar algunas obviedades, pero logré no aburrirme agregando algunas inesperadas ideas que me surgían después de las respuestas elementales.

A partir de ahí, crucé diariamente las puertas de esa institución, en donde a menudo se cuestionaban las jerarquías universales y las fiables sabidurías legadas por pretéritas generaciones. Lo hice manteniendo una inquebrantable fe en el Nombre, y con la irrevocable ansiedad de cumplir mi compromiso con Él y su pueblo.

Estudie a la materia que, de ser forzada, transmitía ilimitadas cantidades de energía. Ese era un tema en el que me movía sin tibiezas, y que requería de una intrincadísima red de experimentos si se quería obtener una impávida imagen de la gehena. Abarcaba con particular tenacidad a métodos (que aún no habían sido completamente pautados), que atraerían insoslayables desgracias a quienes quedaran atrapados por su poder. Yo, Isaac Ha Levi, fui inducido a hacer esas terribles manipulaciones de la materia, a partir de la convocatoria que me había hecho el Nombre. Con la abismal progresión de los tiempos resultaba indispensable disponer cuanto antes de ese mecanismo de terror.

En Europa la situación se tensaba, y Hitler hacía amenazas directas a países vecinos, aunque muchos supusieron que sólo quería promover un corolario favorecedor a base de atemorizadoras ficciones. Afirmaban que las suyas eran revoltosos chantajes cuyas venalidades se diluirían dentro de las usuales variaciones con que se precipita el futuro. Creyeron que se trataba de un hombrecito de bigotes que se escondía detrás de una cortina y jugaba a hacer anuncios rimbombantes, y no vieron que era un disipado que abolió la libertad (a la que entendía como un desorden) con el anhelo de destruir la estructura de Europa, y de acuerdo lo que fanáticamente creía, a los "pueblos inferiores" que la habitaban.

A esos cándidos les di mi testimonio de proscripto, nómada, y degradado, y les adjunté nuevas informaciones acerca del oprobioso camino que había tomado Alemania, que argüía que como nosotros no pertenecíamos al mundo, nos era vedado el derecho a participar en este. Con creciente desazón les expliqué que ese pueblo había distorsionado a los parámetros morales básicos, y creía que pasar por alto a otras naciones era la concepción geopolítica ideal. También ellos entendían que la reconstrucción del orden imperial requería del empleo de violencias monumentales. Esa durísima apelación al plomo implicaba que habían llegado a un punto de no retorno; los alemanes se plantaron unánimes del

lado del determinismo de la muerte.

Ya desde el inicio del régimen, cada uno de ellos, con afecto vívido, solía expeler macabras repeticiones de las maquinaciones de Hitler, a las que le anexaban algunos aportes más o menos coincidentes con ese panorama horripilante. Afirmaban que había que aprovechar a "dar el gran golpe", antes de que las doradas chispas de la sorpresa se enfriaran bruscamente.

Como ya dije, mi padre Salomón se había esperanzado que en algún momento se restauraría el orden lúcido en el viejo país, y le había pedido al Nombre que lo hiciera ascender por las trascendentales escaleras de Jacob para ver desde arriba a lo inmejorable, porque lo que sucedía en la tierra era la taxativa enumeración de su Voluntad. No existía hecho alguno que se añadiera a lo temporal sin su conocimiento previo, o situación que no fuera restada una vez que entablaba su Oposición. (La historia siempre fue recelosamente supervisada por el Nombre).

El entender hacía que el universo místico se volviera real, y la perfección, tantas veces inconcebible, se convertiría en la posibilidad que traspasaría a cualquier nivel hipotético con el objeto de que las fechas se replicaran en un mundo libre de falsificaciones.

Esto nos alejaría del flujo de lo caótico y discontinuo; la misión del judío era hacer cognoscible al mundo creado por el Nombre, y seguir palmo a palmo sus indicaciones en la continuidad de esos supremos ejercicios en mansedumbre que eran los rezos.

Yo me plegué a esas disquisiciones de mi padre al afirmar que el Nombre colocó fronteras insuperables a lo que era de naturaleza finita, por lo que aquellos que navegaban por las aguas a contracorriente (orientados hacia el mal), chocarían con las rocas. Asimismo, afirmé que, durante ennegrecidos tiempos surgían excepcionales personalidades, como ocurrió antes del éxodo de Egipto, cuando Moisés se enfrentó con los poderes de carácter convencional del faraón que se enfurruñaba ante las disposiciones del Nombre. La mera marcha temporal era garantía forzosa de que retornaría la sensatez.

Pronto nuestra conversación fue bajando de quilates, ya que, de lo magno de la religión, pasamos a hablar de las magias de la vida. Y entre otras cosas, mi padre me dijo que había una muchacha de nombre Susan que estaría hondamente interesada en mí, pero se desgarraba porque en la sinagoga yo no elevaba mi mirada hacia el sector que ella y su madre acostumbraban a ocupar.

En aquellos días me preocupaba por algunas otras cosas: escribía un libro acerca de la condición sanadora del patriarca Abraham, el amigo del Nombre que en ningún momento insinuó una deslealtad; había descifrado

de manera pertinente a los proyectos divinos, y jamás se le cruzó por la mente participar en el salvajismo de sus contemporáneos (nuestro padre Abraham se contó entre los primeros en quienes resplandeció la misión de lo divino, y fue quien hizo que nos excluyéramos de los primitivos entornos). Sin embargo, con el dato que me dio mi padre exploré al área de la sinagoga donde Susan se sentaba, y cruzamos nuestras miradas en performances que variaron de sutiles a atolondradas.

Repetimos ese vehemente operar hasta que algo maduró en mi interior, y no soporté que ese fuera el único contacto real en el que nos enfrascábamos, por lo que le comenté a los padres de una familia cercana a ambos, que no había razón en que nos mantuviéramos separados sin poder charlar de cosas que en verdad no tendrían importancia. Así logré darle alguna autonomía a nuestra frágil y expectante relación.

Terminé comprometiéndome con Susan, a quien me permitieron ver de manera frontal por unos cuantos minutos. Su rostro claro estaba impregnado con una angelical dulzura, era alegre pero no despreocupada, y simple, pero para nada tonta. Hubo entre los dos una automática correspondencia, aunque por supuesto que no nos amotinamos, ni efectuábamos las contundentes manifestaciones de amor que reservábamos al momento inmediatamente posterior al festejo de nuestro matrimonio (que, además, sería el indispensable premio a nuestra paciencia).

Ya me habían dado las llaves del departamento en el que, con una repercusión monetaria mensual bastante baja, iríamos a vivir después de casarnos. Sólo era cuestión de despejar de ese lugar a unos remanentes escombros y pintar las paredes. Pero aquello aún era prematuro, y aunque jamás existieron ingratitudes ni engaños entre nosotros, tenía apremiantes asuntos que resolver.

En la universidad obtuve excepcionales promedios que me consagraron como el mejor de mi promoción. Me enriquecía recogiendo datos científicos y haciendo observaciones de las variables atómicas, a la vez que estudiaba la Tora con insaciable reserva. Todo en mi vida se conjugaba armoniosamente, y a las mañanas, animosos coros de pajaritos me traían en las ventanas a la agradable advertencia de que sería muy feliz.

Mis horas transcurrían tranquilas y lejos de los terribles tormentos que se daban en Europa... y eso no sólo me atrasó, sino que casi me acomodó a un descomunal descuido. En cierta forma, me había contagiado de las despreocupaciones de los que me rodeaban, de la inútil satisfacción que resultaba de hacer lo que a uno se le metiera en la cabeza.

Durante mis estudios universitarios, mis esfuerzos me pusieron de tal manera en relieve, que un profesor llamado Harris presintió que yo me

intercalaría sin dificultades con aquellos genios de la física que tejieron reflexiones superlativas acerca del tiempo y el espacio, y que, sin dudas, haría una contribución a la humanidad sumamente positiva.

A menudo recibía esos elogios que se parecían a elixires, pero en verdad eran venenos que tenía que expeler, porque únicamente atravesando a patios de duros soles y dando palazos a las nieves, moldearía a mi personalidad, negocio que no concretaría escuchando suaves comentarios que ordenaban como si estuviera a simple vista, lo que en verdad era imprevisible.

Al haberme guiado fuera de Alemania, el Nombre me echó con generosidad a la magnitud de su potencia, y en apariencia mis temores se habían perdido junto con sus orígenes. Yo aspiraba, como cualquier joven, a tener una vida próspera. Y por un tiempo no me concernieron los remolinos violentos que se estaban tragando a mi nación... a pesar de escuchar narraciones que por ser tan mudas se hacían dramáticas.

De a poco, me fui distanciando de aquella tonta inmediatez de dichas. Descarté a los acontecimientos pasatistas y mediocres, con el objetivo de conectarme con lo esencial que estaba más allá de lo cotidiano. Sentí que nunca construiría mi alegría sólo con la abundancia que el Nombre me concedía, y que mi verdadera felicidad llegaría cuando cumpliera con su Cometido. Ya que nunca olvidé cual era la gestión que me asignó, ni a las fuerzas malignas que nos habían acechado.

Cuando arreció la guerra supe instantáneamente que, con el fin de obtener la victoria, había que generar un gigantesco desequilibrio, y decidí embarcarme en esa empresa de manera incondicional, sin tomar en consideración a las ficticias opulencias que me rodeaban ni a mis flaquezas.

En Europa, el pueblo judío no encontraba refugio en ningún sitio; rotaba por las aciagas superficies continentales siguiendo al viento frío de la muerte. Para el mundo la mera suposición de la Shoah operaba como un absurdo, y escogió resolver a esa ambigüedad a través de la indiferencia. Se la asumió como un irrestricto aporte de la imaginación, una narrativa de desposesión que sería una inexplicable coyuntura para los hombres, por mucho que se odiaran o estuviesen peleados. ¿Cómo podría un pueblo europeo de tanta cultura reunir semejante predisposición asesina?

Pero nos llegaban noticias dolorosas, o bien la aniquilación total de los interrogantes, y esto, siguiendo a cualquier procedimiento deductivo, no se trataba de los esperados augurios. Los hitos y epopeyas de nuestros seres queridos, que en situaciones normales nos serían descritos en forma exhaustiva, habían cesado de ser narrados por completo.

Razoné que habíamos ocupado nuestro tiempo con fruslerías, sin reconocer a lo que era esencial. Las Escrituras decían que el Nombre acudiría al llamado de su pueblo mucho antes de que este desapareciera sin dejar rastros... pero no recibíamos ni siquiera una carta de los abuelos que quedaron atrás, y un pesimismo cósmico se apoderó de nuestras almas. ¿Dónde estaban aquellos que, siendo acertadamente heterogéneos, debían contabilizar diferentes destinos? ¡Ya no teníamos detrás de nuestras espaldas, como sombras, a sus vidas que habíamos largamente acreditado!

¿Cómo el mundo podría romper el vallado lógico que dictaminaba que el ilustrado pueblo alemán jamás cometería el atroz emprendimiento de exterminar a millones de judíos? Obviamente, concurría una tradicional dependencia a esos grados del pensamiento que nadie se atrevía a abandonar.

Por un periodo los individuos biempensantes de esa nación centroeuropea, fueron incapaces de razonar, o bien exigieron ser aislados de los inconvenientes rumores que se tomaban como lugares comunes... o indirectos problemas con los que no tenían ninguna vocación en identificarse. En verdad, contemplaron la aniquilación de un pueblo entero como si fuera un espectáculo, y como espectadores declaraban que no estaban implicados en el montaje de esa obra que a lo sumo les causaba un orgulloso retorcijón en el estómago que les resultaba inexplicable.

A mí, me habían contado con una repulsiva náusea que se estaban llevando a cabo lóbregas acciones. Con su sofisticado aparato militar, los alemanes encerraban en guetos a enormes poblaciones para que fueran ganadas por las epidemias y el hambre. Y después de degradarlos al máximo, admitían que habían estado en lo cierto al endilgar a esa gente tan disímil, costumbres asquerosas. Los encerraban en sumideros, y después les atribuían ser sujetos contaminados, o basuras con forma humana. Y a eso lo entendían como una razón suficiente para hacer una pérfida objeción a cualquier solicitud de misericordia, es más, abrían fuego sin ton ni son por temor a que cualquier apertura a sentimientos gentiles debilitase sus ánimos guerreros.

Al sentir que estaban en la vanguardia de las edades (dentro de una bien organizada oscuridad), contrajeron la certeza fáctica de que los hombres que habían sido sus vecinos, en realidad eran ratas, y pusieron las colosales magnificencias que cargaban sus defectos, en eliminarlos. Al despojarlos de una identidad humana, los atormentaron aún más, y a menudo los alemanes los mataban con inesperada furia y sin que mediase una causa apreciable o un gesto provocativo.

Se preocupaban por demostrar a sus compañeros que no estaban poseídos por una mentalidad alelada, sino por un frío dominio sobre sí mismos y sobre esos seres que encarnaban los valores que proyectaban

desde sus malicias. Mataban a tropel como si fuera una ordinaria actividad ceñida a una ambición loable.

Fue entonces que pedí al Nombre que me dé su Poder para oponerles una férrea resistencia. Rece: "¡Bendito el Nombre que hizo surgir la luz cuando sólo existía la oscuridad!". Sin embargo, despectivamente consideré que sólo estaba protestando, por lo que cambié mi postura y le rogué que pusiera sobre mis hombros a la máxima crudeza de su Poder, que no dudara en volcar a en mi a su aplastante infinitud.

Luego de asegurarle mi total consagración a sus Mandamientos, le pedí disponer del mismo espíritu de Sansón quien había hecho un asedio constante sobre los filisteos de la costa, para terminar, hundiéndose con sus enemigos en el subsuelo de un templo pagano. Porfié para que desconecte de mi existencia a sus aspectos baladíes, y que en mí (a quién había separado de esas terribles hecatombes) recayera la responsabilidad de la venganza.

Luego me incliné frente a la Tora a la búsqueda de un procedimiento adecuado; mi interés era revertir aquello tan horrendo que no podía ser descrito con palabras. Pero esa tarea resultó improductiva, no convertí a uno solo de sus ejemplificadores versículos en una actualizada estimación. Mi mente vagaba entre oraciones que eran como callejones sin salida, mientras afuera los relámpagos taladraban al horizonte.

Pronto adquirí la sobriedad que me permitió deshacerme de los excesivos gozos que me habían dominado, y me puse seriamente a trabajar sin apáticas mezcolanzas. Insomne, quise atravesar a bloqueados senderos, y me aventuré por las poesías de los Salmos procurando una respuesta. Me dije que mi pueblo sobreviviría si yo avanzaba varios centímetros de líneas, o si comprendía a un enigmático capítulo, o le daba una rejuvenecida interpretación. Me sentí desamparado, no encontraba recompensas intelectuales, y temía volver a ser dominado por anárquicas emociones.

No obtenía explicaciones, ni la reparadora sensación del que se acerca a un fresco jardín. Igualmente, mi decisión no fue instalarme en una torre de marfil, ni meterme en madrigueras; ante la inmediatez de esa guerra terrorífica, no me quedaría en Nueva York. Me impuse salir de mis zonas protegidas, y actuar.

En las noches, leía la Tora durante furibundos periplos que duraban hasta que al amanecer descubría los colores verdes con que el sol pintaba a las copas de los árboles, a sabiendas de que ya no me apartaría en un rincón, y que me incorporaría quienes ya se habían incorporado a los campos de batalla.

Fue cuando cesé de leer en forma metódica a las Escrituras con la meta de llevar al plano material mi devoción al Nombre; en un minuto de iluminación capté la fisionomía de lo que sería un gigante hongo de tonos grises como la opción preferencial dentro de lo empírico, y mordiéndome reiteradamente los labios hasta hacerlos sangrar, entendí lo que debía hacer.

En un día muy luminoso de agosto me presenté en las oficinas de Robert Oppenheimer llevando sagaces propuestas. Había ido con la resolución de producir cambios paradigmáticos, caminar fuera de mis ámbitos familiares y rituales, y mantener una firmeza que acentué con exagerados ensayos. Era hora de salir de las exponenciales retóricas con la idea de apoltronar en el mundo las terribles fuerzas de la naturaleza.

En su despacho, le hice una ostentosa exposición del arma más valiosa que tendríamos y que nos permitiría ganar la guerra (esa afirmación no incluyó la soledad que me venía conquistando ni al abismo por el que mi alma paseaba). El país estaba fatalmente obligado al uso de la energía nuclear para acabar con aquellos que habían entregado sus tibios torrentes de sangre, a la bestialidad.

Robert había sido el profesor a quien le había entregado mi tesis doctoral, la que había aprobado con un gentil enardecimiento después de haber hecho escalas con signos de admiración en los márgenes del papel. Me había encomiado en numerosas ocasiones, y me había enseñado que el flujo del átomo no debía verse como algo confuso, sino como uno de los maravillosos conglomerados de la naturaleza. Ambos sabíamos de aquello que no se evidenciaba con fuerza porque era una paradoja dentro de la realidad, y nos dedicábamos a fondo a explorarlo científicamente. Nos tratábamos como pares y nos consultábamos abiertamente acerca de nuestras inquietudes teóricas. Nos habíamos ido conociendo en la amenidad de nuestras pacíficas costumbres, y nos parecía turbador si en cada nuevo día no nos cruzábamos para estrecharnos la mano.

Él me dejaba fijar libremente los temas de los que quería hablar durante los exámenes; esperaba aprender algo de mí, o que le encontrara contradicciones a algún modelo. Hasta que me gradué, habíamos sostenido una amistad que coincidía con el fabuloso aprecio que teníamos de la física atómica.

De la conferencia que sostuvimos durante ese día de agosto, no salió un objeto dialéctico, sino el diseño de una bomba cuyo poder de destrucción quedaba afuera de ordinarias probabilidades de cálculo, y serviría para acabar con una nación entera con sólo hacer rodar su soplo radiactivo. \*

\* [Sabíamos en forma tácita que la nación que mencionábamos era Alemania; y el objetivo era finiquitar la infame preeminencia que esta

había alcanzado]

Ya que, si a la razón no se la podía sanear, había que darle libertad a la muerte, y si bien me resulta algo incómodo señalar a esa mecánica criatura como una ocurrencia personal, en parte se trató del resultado de mi tozuda creatividad. Esto, por un corto plazo, ocasionó en mi a la embelesada actitud de los vanidosos, pero al cabo entendí que era un error darme alguna relevancia, y que lo único realmente necesario. era bendecir al Nombre que creó las leyes que viabilizaban al universo. Porque la concurrencia de sus Preceptos con mis estudios, me permitió adquirir un rango que no tenía antecedentes; me había enseñoreado de la ciencia nuclear porque esta era depositaria de su Verdad absoluta.

Rápidamente fui convocado al proyecto Manhattan, y firmé un documento cuyas diminutas letras eran semejantes a larvas que salen en hileras de los cadáveres. Me uní a un grupo de científicos que compartía una visión común, y la predisposición a apoyarse mutuamente. Ensanchábamos al ideal luminoso debido a que estábamos en la cima de nuestras capacidades.

Ese formalismo (el contrato) originó una vigorosa regeneración de mis expectativas; supe que la venganza divina ya no era una descoordinada enunciación de mi parte, y en qué consistiría su gran obra, la fundamental reciprocidad con que vengaría a las víctimas del nazismo, gracias a la aplicación práctica de las teorías que yo había asimilado minuciosamente.

Introduje esclarecedores conceptos con la confianza de que el fuego de la poderosa bomba no sería fatuo cómo el que arma una humilde hoguera, sino una inalterable explosión en la atmósfera que alcanzaría un grueso espesor a cientos de kilómetros a la redonda. Imaginé a su fulminante desplazamiento sobre cielos grises, y al drástico sonido que originaría su inmenso poder que, al caer, tumbaría a ciudades enteras y apenas toleraría que persistan sus calcinadas bases.

Contemplé con afecto a la hoja que había firmado, sonreí y me mezclé dentro de ese ambiente en el que todo era camaradería (nunca existieron inoportunas sospechas, sino la irrevocable satisfacción de que estábamos armando un proyecto justo). Liberaríamos al gran potencial de la materia a través de un accionar comunitario de excelencia.

Así, me presenté a jornadas en las que gradualmente ajustábamos la gran máquina que, pese a su metálico aspecto rechoncho, era una utopía que generaría limpias esperanzas en la humanidad, un contundente sistema de destrucción del que brotaría un terciopelo gris envolvería la pretendida nobleza racial de los alemanes. No había disonancias entre el cosmos, las palabras que salían de nuestros labios, y el caos que prometíamos

entregar de acuerdo a precisas ponderaciones matemáticas.

Tuve que posponer mi casamiento con Susan, y abandonar cualquier propensión a arraigarme en un sitio particular, con el imperativo de estar en sintonía con lo único que importaba. Mi esfuerzo se ajustaba a encuadrar lo divino a lo histórico, y mi vida personal era un avatar secundario y una desconcentración de mis quehaceres. Cuando el cataclismo fuera concertado, recién entonces en mí se reestablecerían la alegría y el sosiego.

En Los Álamos luchábamos por la primacía. Nuestros ojos se enfocaban en los informes de la desatada Alemania, cuya perspectiva de paz había consistido en exterminar a pueblos enteros. Desde luego que habíamos hecho la evaluación, que, desde los cielos, esterilizaríamos a esa noción tan aberrante, pero forcejeábamos con la tirantez del tiempo ya ue corríamos el riesgo de perder la delantera. Si no nos apresurábamos, nuestros sueños de libertad se volverían obsoletos.

Por supuesto que no había lugar para discusiones, ni iniciar apostasías piadosas; el país que se había postulado veleidosamente como el habitado por una raza perfecta, se tendría que reconocer dentro de aquella imperfección absoluta que yace en las superficies en las que bullen fuegos locos y sobreabundantes. Así, el genio malvado del Reich alemán al fin quedaría sellado en su botella por bombas atómicas que se expandirían dentro de una amplitud ingobernable. A través de esa súper deflagración, los alemanes experimentarían de primera mano al sufrimiento que habían causado en otras naciones.

Sólo había que pulsar un dedo sobre un botón alojado en el comando de una aeronave (que se retirará feliz por los cielos después de aparear a un derruido horizonte), y yo, Isaac Ha-Levi, que concerté un pacto con el Nombre a través de mis estudios de la bendita Tora, sería secretamente consagrado como el vengador de mi pueblo Israel, y aquel que pulverizó a la raza alemana (que por mortíferos años depravó a las convivencias armónicas que debían existir entre los pueblos). Sentía, pues, una complacencia que me transportaba al más alto nivel del júbilo; sabía que, de un momento a otro, el poder del Nombre se manifestaría con sublime crudeza, y yo sería el componedor de su enorme escarmiento.

### III

En el obrar del Nombre hay supuestos que fueron bien explicados en la Tora. En esta han sido fundados insignes modelos y es el origen de cualquier prospección filosófica. En la Tora está la descripción del átomo,

los matices de la luz, los valores que regulan las peripecias de los buenos, y el horror que se consigna a los malvados. El Nombre puso a funcionar al planeta a través de su Palabra, y moldeó al hombre del barro. Adán fue una creación física, pero también su más importante reflexión. Luego le entregó sus Normas con el objeto de que su descendencia no se orientase hacia el mal, y más adelante eligió a Israel con la función de que lo adore a lo largo de la historia. Porque ese pueblo mantendría con ahínco el estudio de sus acciones, y con un fuerte arrojo transmitiría sus enseñanzas. ¿Pero cómo enlazar esa trascendental elección, con lo que estaba sucediendo en Europa? ¿Cómo conjeturar sin ser temerario, que el Nombre no estaba salvando a su pueblo, o que su pasividad no reflejaba a su Disciplina... y que nunca llegaría la reivindicación?

Me había excluido de las seducciones del mundo con la firme contrición de ahondar en sus Propósitos; me separé de las contrahechuras y falsedades tan abundantes, con la condición de comprometerme sin circunspecciones con sus estrategias, y a la hora de abordar los temas más serios, entendí que el Nombre castigaría a Alemania entre los diecinueve y treinta y dos meses del inicio del Proyecto Manhattan, en instancias que equivaldrían a la demostración de su Inmenso Poder, y no a la exhibición de un escueto oportunismo. Sería cumplido el ciclo de espera en que la maldad madure hasta el colmo, y no quepa más alternativa que hacer trizas a los que la implantaron. A esto lo había leído, lo profesaba, y nunca sospeché que barajase vaguedades o tuviera como base a una errónea interpretación. Tenía un concreto bagaje de creencias (sobre las que nunca hice rectificaciones) acerca de lo que sucedería.

Porque con la posesión de una Tora nadie tenía derecho a considerarse ignorante, ya que en ésta estaba la generalidad de los conocimientos posibles. A lo largo de su historia, Israel había superado incontables conspiraciones, a la prepotencia de obstinados enemigos, y aunque fueron indecibles los sufrimientos originados por sus persecuciones, la fe de que tarde o temprano llegaría la ayuda divina, reinó dentro de los corazones y las mentes de los miembros de esa nación. El Nombre disponía que por un limitado periodo se embriegasen los enemigos de Israel para luego arrasarlos sin contemplación.

Sin embargo, nadie previó la aparición de un detestable razonamiento que diera ocasión a una polémica heterodoxa que algunos discurrieron como una discusión estéril, y una inserción inédita que se situaba al margen de las corrientes tradicionales del pensamiento judío. Pero otros la vieron como una sedición de muy baja estofa en contra de lo instituido por la Santidad; para estos, un hombre surgido de las entrañas de Israel había configurado, diluyendo los reales caracteres de las Escrituras, a una novedosa herejía.

He trabajado de manera vertiginosa (especifico en esta somera línea a la extensa profusión de mi cansancio) para que el malvado poderío alemán

cese y jamás reaparezca, y que el Nombre detuviera supremamente sus abusos al salir de lo que en apariencia eran latitudes de retuécanos. Pero ahora me siento un tanto vapuleado por haber llevado hasta las últimas consecuencias a mis exegesis de la Tora. Principalmente, me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

Asumí que los alemanes no se podrían esconder de la trampa vil que ellos mismos se habían armado, y que la letalidad que habían volcado sobre otros pueblos, ahora caería sobre sus rubias cabecitas. Pero la guerra se fue ganando con la exclusiva pertinencia de armas convencionales. Y mientras avanzaban los ejércitos aliados, se descubrieron con ojos aterrados a los herméticos y monstruosos campos de la muerte. En la debacle del cuarenta y cinco, los alemanes que habían confiado resueltamente en la violencia, se vieron rodeados por los enormes riesgos que no habían evitado tomar, y sacudían sus cabezas negando haber tenido parte en esas pesadillas de las que no podían despertar. Con agobio, se desligaban de lo penoso que había acontecido; las guerras y las matanzas no habían sido sostenidas a través de un abnegado esfuerzo colectivo, sino que más bien se trataron de la dantesca creación de cuatro gatos locos.

Y no sucedió la gran inmolación que había supuesto a partir de mis considerables estudios de la Tora.

Al tiempo, me fui dando cuenta que, si bien creí pegarme con suma honestidad a la verdad, fui conducido por mentirosos indicios. No deniego que zozobré, y temí que sobre mí se abatiera una inconmensurable pena, pero pude superar a la enajenación que me embargó después de la vergonzosa caída de mi orgullo. ¿Cómo pudo ser que el Dios de los Ejércitos, aceptase la nauseabunda rendición de la gente que mató a seis millones (hombres, ancianos, mujeres, y niños) de su pueblo? ¿Por qué no quebró a los alemanes con impecable violencia ni hizo que sus voces se convirtieran en crujidos? ¿Cómo comprender a ese horripilante ejercicio de misericordia frente al mal absoluto? ¿Por qué el Nombre primero cerró los ojos y luego discernió que lo mejor era desentenderse?

No puedo olvidar la incontrolable decepción de cuando encontré la respuesta que me presentó en forma coherente la forma en que cada pieza encajaba en ese rompecabezas sin igual. He desfilado por los inquietantes estadios de la sospecha, el asombro, y el resentimiento. Y en definitiva admití que había cimentado mis esfuerzos en una pretensión falaz.

Me habían llegado las noticias que me propulsaron a hacer reflexiones amargas: las bombas que soñaba que cayeran en Frankfurt, Hamburgo, o Berlín, fueron arrojadas en Hiroshima y Nagasaki, ciudades que

desconocía y a las que nunca les concedí un valor sacrificial.

En el momento en el que opté por la soledad, renunciando a la compañía de mis amigos científicos, me dio la impresión que hubo un interés satírico en el Nombre, algo poco transparente, imprevisible, y que lindaba con el humor negro. Y cuando los directores del Proyecto me llamaron, me paré nervioso y respondí con sequedad. De ninguna manera me agradó el reconocimiento que los militares me dieron por haber colaborado en la creación del "nuevo entorno de paz", por el contrario, sentí que había sido usado para fabricar algo horrible, destructor, y maléfico... y que había sido encauzado hacia una guerra que no era la mía.

¿Qué había originado ese viraje, ese desdoblamiento de la historia que conformó a un tramado particularmente voluble? Nuevas meditaciones me suscitaron emociones encontradas que oscilaron de una encorvada indignación a la más desolada de las amarguras. A través de irrespetuosos exámenes, zanjé lo que me quedaba de inocencia, y abrí los ojos. Esa repentina comprensión me llevó por semanas a andar desaseado, indolente, y triste. Comprendí que en mi ingenuidad (y no en mi fe), se había sustanciado el trabajo divino, y que el Nombre me había inducido a cumplir esa misión sin darme a conocer sus objetivos reales.

He reconstruido la relación del Nombre con "su pueblo" a través de esa experiencia, lo que no me ha traído liberación, sino el pesado crédito de la locura. Después, no pude soportar con apacibilidad a los circulares e irónicos comentarios, a los epítetos adversos que no se evaporaban con facilidad de mis oídos.

En Nueva York la gente me preguntaba qué raras patrañas obraron en mí, y por qué había desdeñado a las viejas ideas que condensaban al mundo y le daban su inmutable sentido. No pocos me arrogaron ser propenso a perturbaciones mentales, o haber adquirido un exotismo en mi razonar debido a los descarríos propiciados por agotadoras jornadas de trabajo.

Fue mi aciago tránsito hacia la desilusión, lo que originó que, al verme, vibraran las cabezas de los miembros de mi comunidad que otrora se habían sentido tan orgullosos de mí. Y algunos, con lástima o benevolencia, se me aproximaban con tenues sonrisas en sus desencajados rostros, con el prurito de decirme que de tanto estudiar me habían surgido paradójicas estupideces, ya que nunca existió la clase de dilemas que yo anunciaba. Sin embargo, debía restablecerme, porque era natural que con tanta presión perdiera el equilibrio.

Dando cabida a una abismal extrañeza, yo descubrí entre todos los hombres, que el Nombre no había elegido como su pueblo a Israel, sino que lo había usado (a través mío) con la sutil meta de vengarse por lo que había sufrido su verdadero pueblo, el chino. Este, había sido dominado por el imperio japonés cuyo estilo y posicionamiento era similar al de los

alemanes. Los japoneses habían vejado y envilecido a los chinos, y a cientos de miles los habían tendido en líneas para fusilarlos.

Paso a explicarme: el pueblo judío y aquel oriental, surgieron en épocas simultáneas, pero mientras que el primero fue condenado al exilio de su pequeño país, el segundo se extendió por templadas áreas mientras sus acrecentadas generaciones disfrutaban de la vida con enternecedoras y sencillas escenas familiares. Y aunque suene contradictorio con lo que dice la Tora, ellos fueron los que el Nombre, en realidad, resguardó de los tumultuosos impíos, y a quienes en cada una de las edades les brindó seguridad.

Y para proteger a su auténtico pueblo, no dio a conocer que lo era, y en cambio, aparentó ayudar al otro mientras lo metía en las garras de sus enemigos. Así, el pueblo de Israel cayó de trampa en trampa sin tomar conciencia de su situación real. Fue esa espantosa revelación que acabó al fin con mi persistencia en seguir espejismos.

Debido a su amor por los chinos, el Nombre engañosamente me había impuesto un aplastante trabajo. Me he desvelado por difundir a esta penosa realidad, pero mi gente, empapada en melancolías y nostalgias, se ha rehusado a escucharme. Vislumbro que el Nombre quiere que rompa relaciones con los míos y me pierda en las multitudes de América. Para mí, el mundo que es visible ha dejado de ser transparente.

Fin (Buenos Aires, 13-2-2019)